



Artículos y Ensayos

ALGUNAS REFELXIONES SOBRE LA ÉTICA EN PSICOANÁLISIS

ALEJANDRA LANDONI

RESUMEN

Pensar sobre la ética del psicoanálisis implica abstenerse de emitir juicios de valor, no emparentarla con la moral, ni apegarla a los ideales.

Abordar esta ética especial supone comprometer el concepto función deseo del analista, su discurso y el lazo social que de él se desprende.

Advertimos que el psicoanálisis no es una terapéutica como las otras.

Se trata de una cura sostenida por el deseo sobre el cual no se debe ceder.

Ética del deseo que se apoya en el silencio, trabajando con el texto que ofrece el inconsciente.

En la década del 70 Lacan nos presenta la ética del bien-decir, relacionada con un discurso sin palabras que se vincula con el sujeto de la enunciación. El bien-decir es una palabra que funda un hecho, se halla íntimamente ligada a la interpretación.

Palabras calves: Ética – Deseo-
Psicoanalista - Bien-decir

SOME ISSUES ON ETHICS IN PSYCHOANALYSIS

ABSTRACT

Thinking about ethics of psychoanalysis means refrain from making value judgments, in affinity with no morals, nor became attached the ideals.

Addressing this special ethics supposed compromise the desire of the analyst role concept, speech and the social bond that it is clear.

We caution that psychoanalysis is not a therapy as the other.

It is a cure sustained by the desire on which you should not give.

Ethics of desire that rests in silence, working with text that provides the unconscious.

In the 70 Lacan presented the ethics of good-saying, related to a speech without words, is relating to the subject of enunciation. The good-say is a word, which founds a fact, is closely linked to the interpretation.

Key words: Ethics - Desire - Psychoanalyst
- Good-saying



Una ética especial

Pensar sobre la ética en psicoanálisis implica alejarse de la emisión de juicios de valor y de las reflexiones que atañen a la moral, esta última es cambiante y está apegada a un ideal. No nos referimos a una deontología. Abordar esta ética especial obliga a comprometer el concepto función deseo del analista, su discurso, y el lazo social que de esto se desprende. En cuanto al deseo, involucra una plena elección no impulsada por bien alguno, y como nos enseña Lacan (1960), es sobre este deseo que no se debe ceder.

Deseo del analista, de la máxima diferencia, cesión del núcleo, del hueso del ser para que esta función se cumpla, un deseo vacío pero operativo para la dirección de la cura.

Se observa ya que el psicoanálisis propone una terapéutica diferente a todas las otras, aunque incluye resultados terapéuticos para nada desdeñables, sin embargo, subvierte la noción misma de psicoterapia, en tanto se aparta del adoctrinamiento y del lugar del saber constituido.

El psicoanálisis no promete la felicidad ya que conduce más allá del bienestar y a soportar la convivencia en el malestar estructural. Hacerse garante de que el analizante pueda hallar la felicidad es una especie de estafa.

En este sentido, Jacques-Alain Miller (1993) nos enseña que la responsabilidad del analista está en sustentar el equilibrio entre los efectos analíticos y las capacidades subjetivas de quién las tenga que sobrellevar. Así, se puede ver conducido a morigerar los efectos analíticos por causas terapéuticas, entonces, su posicionamiento ético está en determinar que cuando un psicoanálisis se podría estimar concluido, ahí se debe iniciar, más allá de ese presunto bienestar.

Siguiendo a Miller (1991) en la experiencia analítica apuntamos a la emergencia del



sujeto de la enunciación, aquel que se hará cargo de su decir y de su hacer, en definitiva, un sujeto responsable.

Nuestra clínica es la clínica de las preguntas y aborda al sujeto del inconsciente, precisa que se lo escuche y que su decir sea tomado a la letra, inconsciente que buscamos a partir de la aplicación de la regla fundamental, basada en un imperativo técnico: "diga todo", que tal como se decreta no se puede cumplir ya que el inconsciente es falla, tropiezo, el paciente no dice lo que quisiera decir y dice lo que no quiere, fuera de la voluntad. En los errores, las equivocaciones del discurso, se lo escucha. Lo que el analista escucha es de entendimiento en oposición a la comprensión; entender conduce a observar la sintaxis del discurso, en el registro del significante y su lógica.

Hacer la experiencia del inconsciente implica transformar la verdad en saber, en expandir el saber que se articula en las redes significantes reprimidas, ahí donde el sujeto ignora su verdad. Sólo así será una clínica ética.

Según Miller (1991) el psicoanalista no es un trabajador de la salud mental que se opone a lo que la medicina considera patológico, no se relaciona con la consonancia del individuo con el medio o con su organismo.

La ética del psicoanálisis busca mantener en el seno de la experiencia la dimensión de corte, de agujero vinculada al efecto subjetivo, la palabra atestigua la falta en ser. De este modo, el psicoanálisis introduce en la cultura, en los seres parlantes, una ruptura. Así, el sujeto que tratamos adviene ético y, como tal, es condición de la intervención del analista, sostenida en esa categoría ética que es su deseo y, de esta forma, un imperativo ético prevalece como una brújula en la dirección de la cura: Allí donde Eso estaba, *Ich* deberá advenir, se reclama asumir la propia causalidad, así, donde Eso gozaba, el yo (*je*) hablante deberá hacerse cargo, en el sitio de Eso impersonal, el



sujeto de la palabra tendrá su lugar.

Un planteo se impone, del silencio al decir, adelantamos: Bien-decir, que supone un más allá de la palabra, en este lineamiento se instrumentará la lógica de la cura que busque articular aquello que no acierte en pasar por el significante. La apuesta del analista es ordenar la cura según una dirección que va desde lo imposible de decir hasta un decir que satisfaga.

La ética del deseo y del Bien-decir

Como vemos, la ética del psicoanálisis no se deduce de los ideales contemporáneos, ni se cimenta en el soberano bien, precisa de una puesta en suspenso de objetivos de dominio, del saber constituido, así, el psicoanálisis se aparta de los modos de tratamiento de índole moral que han existido a lo largo de la historia.

Ética relativa al discurso del analista, que no se apoya en la retórica sino en una operación frente a la verdad, ética no basada en un saber referencial sino en aquello que surja bajo transferencia, un saber que no se sabe, cuyo texto lo ofrece el inconsciente.

Lacan (1960) dice: “se anuncia una ética convertida al silencio por la avenida no del espanto, sino del deseo” (p. 663) una primera lectura de esta cita nos permite afirmar que se refiere a un silencio que escucha sin la necesidad de que el analista ponga en juego sus propios enunciados, en ese sentido debe callar, pago con sus palabras como lo hace también con su persona para ofrecerla a los ropajes de la transferencia y con su juicio más íntimo, con el que interviene en todo momento. Ubicado de esa manera, dejará paso al decir del inconsciente. Es la ética del deseo que se apoya en el silencio.

La alusión al espanto remite al goce desbordado, caótico porque no hay legislación



que lo regule. No hay padre, o mejor, se es presa de la tiranía del Padre Real, terrible y vociferante, que manda a gozar. Lacan (1960) cita a la Biblia en el momento en que Moisés presenta al pueblo cerca del Sinaí, las Tablas de la Ley, esto remite a la posibilidad de regulación y acotamiento del goce, por la emergencia de un padre que se hace portador y transmisor de una legalidad y orienta hacia el camino deseante.

Es apropiado citar a Lacan (1958) “está por formularse una ética que integre las conquistas freudianas sobre el deseo para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista” (p. 595).

En la década del 70, Lacan (1970) nos presenta la ética del bien-decir (que no dice donde se halla el bien), obviamente, la podemos relacionar con la ética relativa al discurso, un discurso sin palabras. No se trata de un decir compuesto por bellas palabras o teñido de elocuencia, no es poético, ni interesa la retórica, es aquel decir que, como explica Miller (1987), propiciará que en el discurso del analista, su enunciación surja en posición de x , es relativo, por tanto, al sujeto de la enunciación.

Su antecedente más remoto se halla en la palabra plena o verdadera (previa a la teoría del significante). Esa palabra, con su emergencia, señala el momento en el que lo enunciado coincide con el sujeto de la enunciación.

El bien-decir es la palabra que funda un hecho, algo del goce es incorporado a la relación analítica para ser tramitado.

También enlazamos el bien-decir con la interpretación que, como sabemos lo es si apunta al deseo.

Leemos a Lacan (1970) “la interpretación debe estar presta a satisfacer el *entreprêt*. De lo que perdura de pérdida pura a lo que no apuesta más que del padre a lo peor” (p. 135). Para comprender esto, debemos tener en claro que el deseo del analista es su interpretación, *entreprêt* en francés es homofónico con intérprete, lo que perdura



de pérdida pura es la castración (condición del deseo), íntimamente ligada con la función paterna, estatuto simbólico del padre que, si lo hay, separa del goce, sino lo peor, es decir, padre o peor.

Por otra parte, en una nota de traducción de donde fue extraída esta cita, se aclara también que *entreprêt* es neologismo con *prêt*, que significa prestar en todas sus acepciones, y el prefijo *entre* que evoca ideas de “intervalo”, “reciprocidad” y “acción que sólo se hace a medias”. Puede pensarse que Lacan alude a los meandros del tratamiento psicoanalítico.

Un mensaje cifrado es descifrado por la interpretación, que es su lectura.

El bien-decir es un decir, entonces, que satisface; en francés, al dividir el término *satisfasse*, en *satis-fasse* encontramos el verbo *faire*, cuyo significado es hacer, conjugado según el modo subjuntivo de la tercera persona del singular. Esto lo enlazaremos al acto, como señala Colette Soler (1988) aquello por lo cual el psicoanalista recibe la investidura transferencial, con el propósito de constituirse en causa de un decir del que se aguarda que satisfaga, haciendo lo suficiente.



Referencias

- Lacan J. (1958). La dirección de la cura y los principios de su poder. En Siglo XXI (Eds.), T. Segovia (Trad.), *Escritos II*, (pp. 565-626), México, 1988.
- Lacan J. (1959-1960). Las paradojas de la ética o ¿Has actuado en conformidad con tu deseo? En J.-A. Miller, D.S. Rabinovich, Paidós (Eds.), D.S. Rabinovich (Trad.), *El Seminario de Jacques Lacan Libro 7 La ética del psicoanálisis*, (1ª reimpresión, pp. 370-387), Buenos Aires, 1988.
- Lacan J. (1960). Observación sobre el informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad. En Siglo XXI (Eds.), T. Segovia (Trad.), *Escritos II*, (pp. 627-664), México, 1988.
- Lacan J. (1970). Televisión. En Anagrama (Ed.) O. Masotta (Trad.), *Psicoanálisis Radiofonía & Televisión* (pp.83-136), Barcelona, 1977.
- Miller J.-A. (1987). No hay clínica sin ética. En Manantial (Eds.), C.A. de Santos (Trad.), *Los Ensayos, Matemáticas I*, Buenos Aires, 1987.
- Miller J.-A. (1991) Patología de la ética, Primera y Segunda Conferencia. En Manantial (Eds.), *Los Ensayos, Lógicas de la vida amorosa*, Buenos Aires, 1991.
- Miller J.-A. (1993) Psicoterapia y Psicoanálisis. En *Registros Psicoanálisis y Hospital, La clínica en la Institución*, Año 3 Tomo Azul, Buenos Aires, 1993.
- Soler, C. (1988) Una terapéutica que no es como las otras. En Manantial (Eds.) Irene Argoff (trad.), *Presentación de Lacan*, Buenos Aires, 1988